

Arcana gota de lo invisible

Eduardo Ortiz Maldonado
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

Notas que la gota, va dejando de ser una simple mancha de agua que se sugiere sobre una grieta en el techo, mientras adviertes cómo se va hinchando poco a poco. Sigilosamente se va inflando de agua y mientras más se insinúa su convexidad, más le invade el germen del peso, de la caída al vacío. Supongo que cada gota nace para caer, para provocar la gravedad del espacio y luego entregarse a él durante el descenso. Ciertamente esa entrega le costará el colapso hacia el suelo, y una vez ahí, volverá a ser mancha líquida y desaparecerá; ya sea porque habrá de filtrarse a través de otra grieta o porque el ave de la evaporación la raptará entre sus garras. En ambos casos, la caída hacia lo invisible es inevitable y perenne.

Pero la historia de Arsenio no es la historia de la génesis, ni de la elegía de la gota; es por el contrario el episodio intermedio, de la desesperación que consume a un observador, en el momento justo en el que la gota, aparentemente formada, se reusa a caer para dilatar así su momento de esplendor. Eso fue lo que comenzó a experimentar Arsenio cuando se acomodó en frente del rostro de su esposa Magdalena, en aquella mesa del Café de las Historias que ubica en una de las esquinas de la Plaza Conquista. Hacía un mes que no se veían, pues Magdalena se había marchado de la casa y se había instalado en la residencia de sus padres, situada en un barrio montañoso del pueblo de Orocovis. Magdalena había llamado por teléfono a Arsenio y lo había citado en la plaza para darle una respuesta sobre el futuro de ambos. Cuando Arsenio la vio acercarse sintió que los gusanos del hastío y de la soledad que poblaban su interior, se transformaban en mariposas inquietas e intentó espantarlas. Magdalena estaba preciosa...preciosa y nada más. La riada de mariposas, nublaban en ese momento el horizonte léxico de Arsenio, ocultando así todos los demás adjetivos posibles, pero dejándole sólo uno, el esencial. Arsenio continuaba espantando las mariposas por instinto y de manera inconsciente

prefería los gusanos. Fue en ese momento en el que entendió por qué Magdalena se había marchado. En los momentos de inicio de la vida juntos, Magdalena no era capaz de controlar su deleite por las mariposas que se insinuaban y caían del techo del amor de Arsenio. Mirándolas, mirándolo y mirándose junto a él, ella era feliz. Sin embargo, cuando esas mariposas se precipitaron al suelo y comenzaron a arrastrarse monótonas, y a trepar fastidiosamente por los zócalos de sus vidas, Magdalena no lo soportó y huyó hacia un sitio seguro. Ahora estaba frente a él para decirle si volvería a la casa y Arsenio no podía contener su desesperación por saber lo que las palabras de Magdalena le deparaban. Con gran dificultad, aquel buen hombre atravesó la formalidad del saludo, del “¿cómo llegaste?”, del “¿quién te trajo?”, del “¿cómo te ha ido?” y del “¿cómo están tus padres?”. Después, respondió él las mismas preguntas, aunque de manera escueta y abreviada. Finalmente, por consentimiento muto o por mutuo acuerdo fueron ambos a parar al “será mejor que vayamos directo a lo que vinimos”.

He aquí el momento de la gota, el momento en que Arsenio aguardaba impacientemente las palabras de Magdalena. La mirada humilde de ella buscando un punto de apoyo en dónde anclar la pértiga de su discurso, sus manos nerviosas que acomodaban una y otra vez el cabello detrás de sus orejas, los gestos de indecisión sonrojando sus mejillas; todo en ella hinchaba poco a poco la humedad de aquel decisivo momento, en el que el silencio no dejaba que se precipitaran las palabras. De repente y por fin:

–Te amo Arsenio, quiero que sepas que te amo como nunca jamás amaré a alguien...

La gota había caído, al menos eso pensó Arsenio. Ansioso por la caída, éste creyó haber visto en la afirmación de Magdalena el reflejo de una reconciliación. Sin embargo, era una ilusión:

–...pero, por eso mismo creo que debemos dejarlo para siempre.

¿Eso era todo? ¿Había caído ya? No, no podía ser. La paradoja de aquel amor con ínfulas de misantropía no convencía a Arsenio. Por eso pensó que la gota se resistía a caer, y que más bien volvía a hincharse y se insinuaba ahora en la forma de una filosa esfera. Pero siempre hay una opción posible, si la gota no cae por su propio peso,

siempre se le puede empujar con un dedo para que caiga y así se elimina la desesperación y se vence el miedo de creer que se trate de una gota que nació para no caer. Arsenio decidió intentar forzar la caída:

- ¿Cómo puedes amarme y decir que nos separemos? Eso no tiene sentido.
- Es difícil de entender, créeme, me tomó todo este tiempo convencerme. Pero la realidad es que te amo, porque sé que estoy dispuesta a dar lo más valioso que tengo por ti, sin embargo, tú no estás listo para eso y debo amarte sin ti.
- ¿Quieres decir que yo no estoy listo para que me ames?
- Exacto.
- ¿Y eso no es algo que debo decidir yo?
- Sí, pero aún no lo has hecho.
- ¿Y qué es eso tan valioso que estás dispuesta a dar por mí?
- Yo. Mi vida, mi ser. El regalo más valioso que uno puede hacer es darse uno mismo.
- Esa frase, no es tuya ¿de dónde la sacaste?
- De un libro.
- Ya. ¿Y piensas que alguien te pedirá que mueras por mí? ¿Cómo así?
- Se muere cada día Arsenio, se muere cuando uno hace cosas con el otro y por el otro, a pesar de lo que harías por ti, si estuvieras solo.
- Y supongo que yo no estoy listo porque no puedo corresponder a tu manera de amarme.
- Bueno, no exactamente. No es mi manera de amar, es la única manera de amar que hay. Y no es que no puedas corresponderme, lo hiciste todo el tiempo que estuvimos juntos, sin embargo lo hiciste por ti y no por mí.
- ¿Quieres decir que correspondiéndote a ti sólo me estaba amando a mí?
- Exacto.
- Pues entonces, sí se trata de que no eres correspondida. ¿Quién te entiende?
- Soy correspondida por mí misma, porque me he dado cuenta de que todo lo que hacías por mí, lo hacías porque pensabas que tenías que igualar o compensar todo lo que yo hacía por ti y no porque quisieras hacerlo por mí. Tu amor por mí, es un reflejo de mi

amor por ti. No se puede amar a un espejo. Por eso no estás listo, no estás listo para darte desde ti. ¿Qué acaso no recuerdas las caras largas, el aburrimiento, los malos entendidos, las desautorizaciones, los silencios, los desaciertos...? Así no funciona, perdóname pero, no puedo.

Era verdad. Arsenio se dio cuenta en ese momento de que era verdad todo lo que Magdalena decía. Tal y como dicen los que han estado a punto de morir, esos que dicen que la vida pasa frente a uno como una película, así pasó frente a los ojos de Arsenio el filme de su historia con Magdalena. Y en cada recuadro, en cada montaje estaba ella desgastando su vida por él, mientras sus acciones se reflejaban en la transparencia insuficiente de Arsenio y así desde éste, era devuelto cada acto de amor recibido. Era Arsenio la gota que se negaba a caer al vacío, era él la protuberancia acuosa destilada desde el techo del amor de Magdalena. Ya no había mariposas, ya no había gusanos; Arsenio comenzó a desaparecer.

Al saberse amado por aquella paradoja, Arsenio retiró bruscamente las manos que descansaban sobre la mesa y las ocultó debajo de ésta, entre sus piernas. No es fácil describir lo que acontecía en ese momento porque ni el mismo Arsenio lo entendía. Sus manos estaban desapareciendo, su piel se hacía invisible. Lo notó cuando Magdalena todavía hablaba, ya no veía su uña pulgar, temió, se confundió, pensó que moría, pero volvió a poner su atención en lo que ella decía. Cuando Magdalena terminó su respuesta, así con la mirada hacia abajo como estaba, ya toda la mano de Arsenio era invisible, y por eso la retiró abruptamente. Ocultas bajo la mesa, decidió comprobar si era verdad lo que no veía, y lo único que se le ocurrió fue tocarse los genitales. Mientras sus dedos cabalgaban sobre el lomo de la cremallera, pensó que su sistema era fútil, pues en realidad no había perdido el sentido del tacto, sino la posibilidad de ver su mano. En ese momento Magdalena terminó de hablar y ambos permanecieron en silencio. Ella no se había percatado de nada y callaba porque no tenía nada más que decir sobre el amor, pero en la mente de Arsenio el ruido de un recuerdo era ensordecedor.

Quién iba a pensar que los problemas maritales de Arsenio iban a develarle la verdad sobre un misterio de su infancia, un enigma en torno a su padre. Un día cuando Arsenio tenía apenas cinco años, su padre regresó de la finca, machete en mano,

candungo de agua y saco al hombro, como todos los días. Su familia lo esperaba reunida en el batey. Sin embargo, algo era diferente, el padre tambaleaba y balbuceaba, pues había hecho algo que jamás había hecho en su vida, algo que lo distinguía de los demás hombres del barrio como se distingue una pasa en medio de un plato de arroz con dulce. Arsenio padre, había bebido y se había emborrachado por primera vez. Su esposa indignada, sintió que le arrebataban la única baraja con la que presumía orgullosa frente a las demás mujeres del barrio, por eso recogió a los muchachos y cerró la puerta. Pero Arsenio hijo, salió al batey para correr a los brazos de su padre como lo hacía todos los días. Al llegar hasta él, su padre lo apartó de sí mismo con repugnancia y lo empujó hacia el suelo. Luego reaccionó, lo miró con ternura y le dijo que lo perdonara; borracho le dijo que no imitara su ejemplo y borracho se acercó hasta el niño con un gesto de amor inalcanzable. Luego intentó levantarlo del suelo, pero no conseguía ver sus manos ni su rostro. El padre no sabía por dónde agarrarlo y se apartó con terror. La madre salió de la casa y encontró al padre ahogado en gritos: “Mi hijo no está, se desaparece, ¡Carajo! ¡Dios mío! ¿Qué le pasa al nene?”. La madre miró al niño en perfecto estado y la emprendió a golpes e insultos contra el borracho. Al caer la noche todo se calmó, pero el padre de Arsenio ya no fue el mismo. En el barrio, nadie habló del niño que desapareció de amor, sino del hombre que por beber sólo una vez, fue castigado con la enfermedad de la locura para siempre. El padre de Arsenio terminó su vida en un manicomio de la capital, allí se colgó de una viga con una sábana de hospital, el hombre que dijo que su hijo desaparecía. Nunca aceptó negar lo que decía, tampoco aceptó la idea de que maltrató a su hijo.

Ahora Arsenio confirmaba otra verdad innegable, nadie lo había amado tanto como su padre, excepto Magdalena. Todo lo que decía ella era absolutamente cierto, aquella mujer estaba tan dispuesta a desgastarse la vida por él, que había optado por sacrificar su amor a favor de la libertad de Arsenio. La libertad de amar libremente. En aquella ocasión en el humilde batey de la casa, habían sido sólo las manos y el rostro, mas ahora Arsenio ya no percibía ninguna parte de su cuerpo de la cintura hacía abajo. En ese momento Arsenio recordó que le había contado a Magdalena la historia de la locura de su padre, y se negó a que ésta lo viera desaparecido, víctima de su terrible

amor. Eso sólo confirmaría la imposibilidad de volver a estar junto a ella. Además aunque quisiera estar feliz por lo mucho que Magdalena lo amaba, nadie podría ver su dicha. Arsenio volvió a sentir miedo y el miedo le indujo una furia con la cual se resistió a la idea de desaparecer por completo. Miró a Magdalena a los ojos y ésta levantó su rostro para devolverle la mirada. Presintió otra gota de emociones que se formaba en la cara de ella, pero no podía precipitarla con el tacto de una pregunta, ni tampoco taponarle la boca, porque sus manos habían desaparecido. Fue entonces que se le ocurrió la salida:

–Magdalena, mi amor, hazme un último favor antes de que nos digamos adiós. Cierra tus ojos y trata de buscar en tu mente una pequeña posibilidad, una tenue esperanza de que volvamos a estar juntos. Tal y como antes, como hasta antes de marcharte.

–Arsenio no sé...

–Por favor Magdalena, hazlo, cierra tus ojos y búscame...

–Arsenio, ya te dije...esto es muy difícil para mí...

–Magdalena, por favor, inténtalo. Un chin de esperanza al menos...un chin...

Magdalena accedió y por el temblor de sus párpados, se notaba que se esforzaba sinceramente en buscar dentro de sí la imagen en la que Arsenio y ella pudiesen posar ante el futuro como una pareja de amantes. Sin embargo, no la encontró y abrió los ojos abruptamente. Arsenio ya no estaba allí. Magdalena entonces reafirmó su decisión, pues aquel hombre no estaba listo para un amor como el suyo y por eso seguramente había desaparecido entre el bullicio de la plaza. “Nunca me entendió”, pensó Magdalena, pues aquel acto de cobardía lo confirmaba.

Así terminó el encuentro entre ellos, nunca más volvieron a verse. Supongo que algunas gotas nacen para vivir su momento de hinchado esplendor, antes de precipitarse al vacío. Quizás hay otras que cuando comienzan a caer, son despedazadas por la embestida de una brisa terrible, luego se nutren de ella y desaparecen entre sus ráfagas, hasta hacerse temiblemente invisibles. Hay otras que sólo comienzan a desaparecer, cuando se les deja de ver y se huye de ellas.